

COLECCIÓN LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS



CRÓNICA DE MÍ MISMO WALT WHITMAN

TRADUCCIÓN DE LAURA NARANJO GUTIÉRREZ
Y CARMEN TORRES GARCÍA



errata naturae

Índice

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2015

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte.



© de la traducción, Laura Naranjo Gutiérrez y Carmen Torres García, 2015
Las traductoras quieren demostrar su agradecimiento a Eduardo Moga, cuya
traducción y notas de *Hojas de hierba y otros escritos* han consultado
y cuyos títulos de poemas han utilizado como referencia
(Walt Whitman, *Hojas de hierba*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014).

© Errata naturae editores, 2015
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-90 -9

DEPÓSITO LEGAL: M- 9759-2015

CÓDIGO BIC: BGLA / BJ

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

<i>Prólogo</i>	7
1840-1841	9
1842-1860	21
1861-1865	35
1866-1872	115
1873-1881	165
1882-1889	227
1890-1892	271

PRÓLOGO

Walt Whitman no escribía cartas para la posteridad, sino para sus amigos, sus amantes, sus familiares y, ocasionalmente, para sus contados editores. Estaba convencido de que las cartas eran parte de la vida presente y no de los archivos y los museos futuros. Es cierto que, como poeta, ansió y persiguió la fama, pero sus cartas no las escribía el poeta, sino el hombre. Creía firmemente que una correspondencia era un espacio común y compartido en el que se creaban e intensificaban todo tipo de lazos emocionales y amorosos. Por supuesto, jamás pensó que una carta fuera el lugar apropiado para discutir sobre literatura, y, por tanto, muy pocas veces lo hizo. Para Whitman, las cartas eran, ante todo, sutiles mecanismos de relación, a través de los cuales amar y ser amado, cuidar y ser cuidado. Por todo ello, en su correspondencia encontramos a un hombre inmerso en los vaivenes de la existencia y en la cotidianidad del corazón. Quien busque éxtasis creativos o secretas explicaciones para entender cómo Whitman, sin apenas preparación cultural, dejó de ser un periodista corriente y se convirtió en un autor revolucionario que alteró con sus inesperados ladridos literarios todo el lenguaje poético de nuestro tiempo, no los encontrará aquí. Tampoco visiones cósmicas ni homéricos elogios de las masas democráticas, como los que se encuentran en otros de sus textos. Aquí únicamente se halla la vida, rehecha o relatada en un lenguaje sencillo y cercano, que, a diferencia de su obra poética, Whitman podía compartir con quienes lo rodeaban y compartían su día a día.

De la inmensa correspondencia de Whitman, casi tres mil cartas editadas en seis volúmenes y todas ellas inéditas hasta ahora en castellano, hemos seleccionado algo más de un centenar que abarcan desde su primera juventud hasta los días inmediatamente

previos a su muerte. De su lectura emerge una bella e insólita autobiografía. Sin duda, es un retrato parcial, que puede y debe completarse con otros escritos de orden personal que Whitman dispersó por toda su obra. Pero lo cierto es que en estas cartas surge una de las muchas voces de Whitman, una voz desconocida hasta ahora por los lectores en nuestra lengua, que permite entender mejor la complejidad de un hombre que supo confundir sistemáticamente a sus biógrafos gracias a la insospechada profundidad y fertilidad de su propia experiencia vital.

Los editores

1840-1841

En 1830, tras cumplir once años, Walt Whitman dejó la escuela y empezó a trabajar como aprendiz en diversos lugares: despachos de abogados, imprentas, periódicos... Más tarde, al cumplir los diecisiete, comenzó a impartir clases en pequeñas escuelas, saltando de una localidad a otra. Al año siguiente, en 1837, fundó su propio periódico, The Long Islander, que consiguió vender un par de años después para volver a la docencia, esta vez en Woodbury, una diminuta población de Long Island.

De esta última época datan las primeras cartas que se conservan de Whitman, todas ellas dirigidas a Paul Leech, del que poco sabemos, salvo que era contable y activista, cercano al Partido Demócrata. En buena parte de las mismas, el profesor de escuela se burla de los ciudadanos de Woodbury, criticando, por ejemplo, su incapacidad para apreciar una buena comida en la mesa y, por supuesto, cualquier tipo de alimento intelectual. Faltan aún quince años para que Whitman, a través de su poesía, elevara a los ciudadanos de Woodbury —es decir, a los hombres y mujeres de las clases medias y bajas de Estados Unidos— a la altura épica de los héroes homéricos. De momento, en estas cartas se aprecia, antes bien, la difícil y dolorosa búsqueda de una identidad propia que pudiera ser compatible con la indolencia de quienes lo rodean.

A ABRAHAM PAUL LEECH¹

Woodbury, N. Y., 30 de julio de 1840²

Amigo mío:

Me siento con muy pocos ánimos para escribir algo que porte el sello de la alegría. Tal vez fuese mejor entonces no escribir nada, y supongo que no debería hacerlo, de no ser por la esperanza de recibir respuesta. Tengo el convencimiento de que, cuando el Señor creó el mundo, agotó todo el material bueno y se vio obligado a dar forma a Woodbury y sus habitantes con desechos, con restos y sobras, pues en tus viajes pocas veces encontrarás raza menos sofisticada que la que puebla estos lares. Se levantan por la mañana y trabajan como mulos durante todo el día, sin interrupción alguna para el disfrute o el esparcimiento, salvo para el desayuno y el almuerzo. Viven a base de cerdo en salazón y de pepinos y, como exquisitez, a veces obsequian a sus visitas con torta de centeno y suero de leche. ¿No es ésta razón suficiente para mandarlos a la perdición «sin viático, sin sacramentos, sin unción»? Si Chesterfield se viera obligado a vivir aquí diez horas, se lo llevarían los demonios: he oído la palabra «gracias», pero sólo una vez desde que comenzó mi estancia en este purgatorio terrenal. Ahora es la temporada de lo que llaman «la fiesta del

¹ Hace tan sólo unos años, la Biblioteca del Congreso adquirió mediante subasta las cartas de Whitman más antiguas que existían hasta la fecha, todas iban dirigidas a Abraham Paul Leech. Es posible que ambos se conocieran en 1839, cuando Whitman estuvo en Jamaica, donde, al parecer, había un grupo de jóvenes, todos más o menos de la misma edad y que rehuían a los granjeros y trabajadores un tanto impasibles de la zona (N. de las T.).

² Respetamos el modo de consignar fecha y lugar de escritura, al igual que los encabezamientos y las despedidas y distintas firmas que utiliza Walt Whitman (N. de las T.).

arándano». Tuve el grandísimo honor de ser invitado a uno de estos refinados divertimentos, así que fui. Cada uno portaba un balde de lata, una cesta, un cuenco grande o una bolsa de pudín. Sin duda fue divertido, pero me costó dos libras mortales de carne, además de numerosos desgarros en la ropa, que me consta que aún siguen prendidos de zarzas y arbustos. ¡Y qué calor! Y, para colmo, nuestro almuerzo, ¡nuestro almuerzo campestre! ¡La guinda del pastel! Adivina lo que nos pusieron: un cuenco roto medio lleno de patatas frías; tres o cuatro huesos pobremente revestidos de jamón grasiento y medio echado a perder; una tarta enorme, hecha de manzanas verdes, melaza y una costra de trigo sarraceno; seis rábanos ¡¡y una escudilla de judías hervidas!! Y todo esto hubo que regarlo con una bebida que ellos llamaban *switchell*³, un bebistrajo del demonio que, hasta donde pude descubrir, se componía de agua, vinagre y azúcar moreno. Nuestra conversación, además, fue digna de oírse, pues consistió en esencia, como podrás imaginar, en etéreos destellos de ingenio, fragmentos de poesía homérica e italiana, disquisiciones sobre la ciencia y las artes, citas de los más doctos escritores y consejos sobre el modo más rápido de hacer mantequilla. Tim Hewlett prometió robarle un beso a Patty Strong; Patty modestamente declinó el honor. El resultado fue una riña en la que Patty le dejó la cara marcada a Tim con sus largas uñas y en la que el copete de aquella vigorosa damisela perdió buena parte de sus proporciones. La batalla quedó en tablas. Al término de este espectáculo, hicimos acopio de nuestras fuerzas, recogimos los cuencos, cestas y bolsas de pudín antes mencionados y volvimos a casa, sintiéndome, por mi parte, «particular y peculiarmente *apalullado*⁴» por tanta diversión.

³ *Switchel* o *switchell*: bebida hecha de melaza, miel o sirope de arce a la que se añadía agua y ron y que se aderezaba normalmente con vinagre y jengibre (N. de las T.).

⁴ «Apabullado». En inglés *kewrious*, en lugar de «curious», en clara alusión fonética a la pronunciación empleada por los lugareños (N. de las T.).

Te estoy muy agradecido por el periódico que me enviaste. Escribe pronto. Mándame algo divertido, pues me estoy convirtiendo en una triste suerte de perro; estoy harto de ir consumiéndome pulgada a pulgada y de pasar la mayor parte de mi corta existencia aquí, en esta madriguera de osos, en este agujero perdido de la mano de Dios, entre mamarrachos y pueblerinos, cabezas de chorlito y muchachas bastas de caras curtidas, críos sucios y poco agradecidos con gargantas chillonas y modales groseros y pateadores de cenagales, rodeado de la repugnante arrogancia que trae aparejada la ignorancia y la vulgaridad. Cuando se nos obliga a rebajarnos y formar parte de los más groseros y ruines de la raza humana, no es de extrañar que las fuentes de la benevolencia se sequen en nuestros corazones y que se marchiten nuestras amables y cariñosas inclinaciones. La vida es, en el mejor de los casos, una carretera inhóspita y, ahora mismo, me hallo en una de las partes del trayecto más pedregosas, agrestes, estériles, accidentadas y descorazonadoras del camino. Sin embargo, dicen que el Tiempo es el Gran Médico que cura todos los males de la mente y el cuerpo. Ruego a las parcas que me liberen de esta rabia lo antes posible.

W. W.

A ABRAHAM PAUL LEECH

Campos del Purgatorio, Woodbury, N. Y.,
19 de agosto de 1840

¿Has oído decir alguna vez a la gente que la tierra es el cielo o el infierno del hombre, según su manera de actuar o de qué lado se sitúe, del bien o del mal? Yo creo en esa máxima; o, en todo caso, la creo a medias, como dijo el otro al enterarse de que su esposa había tenido gemelos. Que esta morada terrenal es un lugar de tormento para mi pobre ser se me hace dolorosamente evidente cada día de mi triste existencia. No hay otro lugar en el mundo donde la monotonía penda de las ramas de cada árbol, donde la estupidez corone cada colina y donde cada diez yardas pueda verse la desesperación plácidamente «sentada en una valla», tal y como ocurre en este maldito Woodbury. ¡Woodbury! ¡Qué nombre tan apropiado! Si me viera obligado a soportar su intolerable insipidez durante todo un año, sin esperanza de alivio, sería capaz de *enterrarme*⁵, a mí y a cualquiera que albergase un ínfimo deseo de compañía inteligente. No cabe duda de que, dentro de pocas semanas, me habré convertido en una de esas agradables criaturas de las que se dice que «son todo piel y huesos». Amigo mío, no puedes hacerte una idea de la horrida monotonía de este sitio. Hacer dinero, trabajar, trabajar, trabajar... Los únicos usos que se les dan a los animales de Woodbury son la cría de patos, el acarreo de estiércol y el consumo de cerdo. Y como este tipo de distracciones nunca me ha divertido demasiado, no te costará imaginarte lo interesante de mi situación.

⁵ Whitman hace aquí un juego de palabras con la forma condicional (*would*) del verbo enterrar (*bury*), que se lee exactamente como Woodbury (N. de las T.).

Desde que escribí la última línea, he almorzado, pero no veo que me sienta mejor ni más animado. ¿Qué crees que he comido? Adivínalo. ¿Ternera? No. ¿Cordero? No. ¿Empanada? No. ¿Ensalada y champán helado? No, no y no. Te lo diré tal y como me lo han ido sirviendo, bueno, más bien, soltándomelo en la mesa: primero, dos papas frías, con la piel y todo, una de ellas bastante agujereada, de un modo que me ha hecho preguntarme si no la habría roído un ratón o picoteado un pollo; segundo, tres almejas hervidas que, obviamente, habían visto días mejores; tercero, un trozo de pastel de melaza hecho con harina de alforfón; cuarto, un pegote de requesón mohoso que olía que echaba para atrás; quinto, y último, dos rodajas alargadas de una misteriosa sustancia que, tras meditarlo con detenimiento, he llegado a la conclusión de que era pan; este último sin duda le habría resultado de lo más interesante a un grahamita⁶, o a cualquiera interesado en el análisis y estudio de la naturaleza del reino *mineral*. ¿Qué me dices? ¿No es éste un festín digno del mismísimo Epicuro? ¡Oh, tú, que gozas de las cosas buenas, piensa en un banquete tan infernal como el que describo y da gracias al cielo por tu suerte! ¡Imagínate además este menú diabólico envuelto en un enorme papel de estraza y embutido en un balde de hojalata, y que ese balde, al estar desprovisto de mango o de asa, tenga que ser transportado por una cuerda de estopa! Y ahora imagina que me ves cargando con una cosa como la que acabo de describirte. ¿Qué pinta tendría? ¡Oh, dioses, no me azucéis, dejad de llenar mi copa, o no respondo de mis actos! Oscuros y espantosos pensamientos acechan mi mente. La próxima vez que oigas hablar de mí, probablemente me hayan procesado por asesinato o atraco, o, como poco, por asalto con agresión. Estoy convirtiéndome en un salvaje. No parece haber alivio.

⁶ Seguidor de Sylvester Graham (1794-1851), nutricionista estadounidense que abogaba por la abstinencia y por el consumo de trigo integral (de ahí la harina Graham o integral) (N. de las T.).

El destino se está ensañando conmigo. El demonio me tienta en cada esquina y, a menos que me envíes una carta o Brenton me remita un buen puñado de noticias, te juro que envenenaré al pueblo entero o le prenderé fuego a esta vieja escuela y huiré a la luz de las llamas.

Supongo que «los tuyos» siguen como siempre y que Jamaica continúa «sita» en la misma ubicación que el pasado noviembre. Pero, por el amor de Dios, envíame algo pronto, proporcióname algún alimento mental. Te deseo toda la paz y felicidad del mundo. Que el sol de la paz te caliente y que un rocío de prosperidad envuelva tu camino. Que las parcas se entretengan cortando los hilos de otros y que unos dedos amables te protejan en la hora de tu muerte. Adiós. Walter Whitman.

A ABRAHAM PAUL LEECH

Woodbury, N. Y., 26 de agosto de 1840

Querido amado⁷:

Movido por el sentimiento de la compasión y agujoneado por los agudos pinchazos de la conciencia, te remito otra joya epistolar, pues la compasión me susurra al oído que, a estas alturas, debes de haberte acostumbrado a la recepción cuasi semanal de estas inestimables exquisiteces y, por tanto, privarte de ese regalo sería algo así como enviar a un hambriento a la cama sin cenar. Además, la conciencia me incita a hacer una confesión completa, que, por lo general, produce el mismo efecto en mí que una buena dosis de calomelanos en alguien que se ha atiborrado sin la menor moderación, haciendo que un estómago limpio y unos sentimientos agradables ocupen el lugar de una panza sobrecargada y de unas tripas estruendosas. Disculpa la naturalidad de mi metáfora.

Hablar de «naturalidad» me recuerda las peculiaridades que distinguen a los habitantes, jóvenes y viejos, de este pueblo tan bucólico, cuna de la buena educación. Por ejemplo, el otro día el «cabeza de familia» (por estos lares, las familias, compuestas por catorce o quince miembros, no reúnen entre todos más que una *cabeza*) me deleitó a la hora del almuerzo con un relato muy interesante acerca de lo mucho que había padecido por culpa

⁷ Referencia a la ceremonia del matrimonio en el *Libro de Oración Común*. El profesor Arthur Golden sugiere que estas palabras no suponen «una expresión temprana del sentimiento “Cálamo” por parte de Whitman» (*The Correspondence of Walt Whitman* [en adelante *Corr.*], ed. Edwin Haviland Miller, Nueva York, New York University Press, 1961-1977, seis volúmenes, p. 353, nota). (Ésta y todas las notas en las que no se especifique lo contrario son del editor).

de un cólico: cómo había tenido que tomar ipecacuana y vino antimónico⁸, el efecto que aquellas sustancias habían operado en su estómago, el color y la consistencia de los fluidos y los sólidos que dicho estómago había expulsado y el tiempo que tardaron las sales Epsom en apiadarse de sus tripas. Dio todo lujo de detalles, que, como podrás imaginar, contribuyeron en gran medida a que se me abriera el apetito. A veces tengo la dicha de comer rodeado de especímenes de las nuevas generaciones. Me refiero a los pequeñines que se levantan de la cama y, como «para el puro todo es puro», la escena es, por supuesto, altamente edificante para mi gusto y consuelo.

Por aquí llevamos unos días con un tiempo magnífico. En estos momentos, el sol brilla, sopla una brisa fresca, las ramas de los árboles se mecen y todo parece un remanso de paz y felicidad, pero la mente... ¡ay, la *mente!*, esa esencia extraña e insondable, que es, después de todo, la fuente principal de nuestra dicha terrenal... Mi periodo de purgación en este agujero está a punto de finalizar. ¡Gracias a las parcas misericordiosas, dentro de dos semanas daré por zanjados mis asuntos y, con lágrimas en los ojos, dedicaré un triste adiós a estos benditos confines! Paseos sombreados, vieja y venerable escuela, granjas desmanteladas, ideas jóvenes e inocentes... todo eso... todo eso... lo contemplaré por última vez. Pero debo parar, no puedo dejarme llevar por este enternecedor pensamiento. Mi corazón se inflama y mi alma fundente casi expira presa de tan atormentadora idea. ¡Permitidme que siga resistiendo un poco más, oh, deidades!

¿Cómo van por ahí los asuntos políticos? ¿Está la sidra en alza o acaso se erige la democracia de puntillas y enarbola su viejo sombrero de paja gritando un hurra por «Little Matty»⁹? Por estos

⁸ Alusión irreverente al polvo antimónico, un vomitivo también denominado «polvo de James».

⁹ Referencia a la campaña «Log Cabin and Hard Cider» [cabaña de troncos y sidra] de William Henry Harrison, de facción liberal, contra Martin («Matty») Van Buren, demócrata, para las

lares, la gente entiende tanto de economía política como de la lengua choctaw¹⁰: jamás me había topado con mentecatos más ineptos e irritantes en toda mi vida. Para mi propia tranquilidad, la mayoría es liberal. Si estuvieran en mi bando, renegaría del locofocoísmo¹¹ y me convertiría en traidor a los cinco minutos. El sábado pasado tuvimos un encuentro muy animado en el Palacio de Justicia. Te diré una cosa: nuestros portavoces dejaron tan atrás al «caballero obeso de los pantalones de rayas»¹² como un clíper de Baltimore al adelantar a un barco estercolero en North River. No había comparación¹³.

¿Puedes preguntar por Jamaica a ver si te enteras de alguien que necesite a un maestro para un trimestre? A lo mejor me paso por allí dentro de una semana o dos y me quedo un día. Mírame eso y me harás un favor. Espero que los santos ángeles te guarden y que el aroma de la abundancia y la música de un corazón grato nunca te sean ajenos. ¡Que dulces capullos florezcan bajo tus ojos y los cantos de los pájaros regocijen tus oídos! Adiós.

Walter Whitman

elecciones presidenciales de 1840. La imagen de la sidra y de la cabaña de troncos simbolizaba el pueblo llano (N. de las T.).

¹⁰ La lengua del pueblo choctaw, que en argot viene a significar el galimatías de una lengua extraña.

¹¹ Grupo radical entre los demócratas de Nueva York. El término «locofoco» (un tipo de cerilla) se originó después de que un grupo de jacksonianos de Nueva York utilizara cerillas para encender velas con las que continuar un mitin político después de que los hombres del Tammany Hall intentaran interrumpir la reunión apagando las lámparas de gas.

Después de que Charles King, liberal, tildara a Whitman de «locofoco» en el *Long Island Farmer* del 6 de octubre de 1840, él respondió a «ese patán difamador y despreciable» el mismo día en un periódico sin identificar. A Whitman le había enfurecido sobremedida que King acusara a Van Buren y al Partido Demócrata de defender la doctrina de una «comunidad de bienes, esposas e hijos». Al pronunciar semejante «mentira», King «actuó como *ningún caballero* actuaría» (N. de las T.).

¹² Dentro de la facción radical de los locofocos, los había a los que se acusaba de ser liberales disfrazados, con los pantalones de rayas, típicos de los primeros (N. de las T.).

¹³ En inglés «kimparysun» en lugar de *comparison*, en clara alusión fonética a la pronunciación empleada por los lugareños (N. de las T.).